

Slavoj Zizek, filósofo y psicoanalista, es investigador de la Universidad de Lubliana y co-director del Centro de Humanidades del Birbeck College (Londres). Este artículo apareció originalmente en *London Review of Books* 27/6 (marzo 2005).

Los dos totalitarismos

Slavoj Zizek

El 3 de febrero de 2005 apareció una breve nota en los periódicos. No era, desde luego, materia para grandes titulares. En respuesta a una demanda de prohibición de la exhibición pública de la esvástica y otros símbolos nazis, un grupo de diputados conservadores del Parlamento Europeo, en su mayor parte de países ex comunistas, habían solicitado que se aplicase lo mismo a los símbolos comunistas: no sólo la hoz y el martillo sino incluso la estrella roja. No deberíamos descartar a la ligera esta propuesta, porque sugiere un cambio profundo en la identidad ideológica de Europa.

Hasta ahora, por decirlo claramente, el estalinismo no ha sido rechazado de la misma manera que el nazismo. Somos muy conscientes de sus aspectos monstruosos, pero aun así consideramos aceptable la *Ostalgie* ①: se puede hacer *Goodbye Lenin!*, pero un *Goodbye Hitler!* sería impensable. ¿Por qué? Tomemos otro ejemplo: en Alemania es fácil encontrar muchos CDs con antiguas canciones revolucionarias y del partido de la Alemania del Este, desde *Stalin, Freund, Genosse* a *Die Partei hat immer Recht* ②. Costaría mucho más dar con una recopilación de cánticos nazis. Incluso en este nivel anecdótico la diferencia entre los universos nazi y estalinista está clara, como lo está también cuando recordamos que en los procesos farsa estalinistas el acusado tenía que confesar públicamente sus crímenes y explicar cómo llegó a cometerlos, mientras que los nazis jamás habrían exigido a un judío que confesara que estaba involucrado en un complot judío contra la nación alemana. La razón es palmaria. El estalinismo se entendía a sí mismo como parte de la tradición ilustrada, de acuerdo con la cual, siendo la verdad accesible a cualquier individuo racional, con independencia de lo depravado que pueda ser, cada uno debe ser considerado responsable de sus crímenes. En cambio, para los nazis la culpabilidad de los judíos era un hecho derivado de su naturaleza biológica: no había ninguna necesidad de probar que fuesen culpables porque eran culpables por el hecho mismo de ser judíos.

En el imaginario ideológico estalinista la razón universal está objetivada en forma de las leyes inexorables del progreso histórico y todos somos sus servidores, incluido el dirigente máximo. Un jefe nazi, después de pronunciar un discurso, se sentaba y aceptaba en silencio los aplausos. Bajo el estalinismo, en cambio, cuando estallaba el aplauso obligado al final del discurso de un dirigente, éste se quedaba de pie y se ponía a aplaudir a su vez. En *To Be or Not to Be*, de Ernst Lubitsch, Hitler responde al saludo nazi levantando el brazo y diciendo: «Heil yo». Es puro humor porque nunca habría podido suceder en la realidad, mientras que Stalin sí que decía efectivamente un «viva yo» cuando se sumaba a los aplausos de los otros. Consideremos el hecho de que el día del cumpleaños de Stalin los prisioneros le enviaban telegramas de felicitación desde los más tenebrosos gulags, pero es imposible imaginar a un judío enviando desde Auschwitz un telegrama así a Hitler. Es un ejemplo de mal gusto, pero apoya la conjetura de que bajo Stalin la ideología dominante presupone un espacio en el que el líder y sus súbditos podían encontrarse como servidores de la Razón Histórica. Bajo Stalin todas las personas eran, teóricamente, iguales.

① Neologismo muy difundido en Alemania y formado a partir de *Nostalgie* (nostalgia) y *Ost* (Este). Así pues, puede entenderse (sin perder de vista que incluye a veces un leve tono irónico) como «Nostalgia del Este» (de la antigua República Democrática Alemana) (N. del T.).

② «Stalin, amigo, camarada» y «El partido tiene siempre razón», respectivamente (N. del T.).

No encontramos en el nazismo ningún equivalente de aquellos comunistas disidentes que arriesgaban sus vidas luchando contra lo que consideraban la «deformación burocrática» del socialismo en la URSS y su imperio. No hubo nadie en la Alemania nazi que defendiese un «nazismo con rostro humano». Ahí reside la debilidad (y el sesgo) de todos los intentos, como el del historiador conservador Ernst Nolte, de adoptar una posición neutral, esto es, de preguntar por qué no aplicamos a los comunistas los mismos estándares que aplicamos a los nazis. Si no se le puede perdonar a Heidegger su flirteo con el nazismo, ¿cómo es que se puede perdonar a Lukács, a Brecht y a otros su compromiso, mucho más prolongado, con el estalinismo? Esta posición reduce el nazismo a una reacción a prácticas (luego imitadas) que ya se encontraban en el bolchevismo —el terror, los campos de concentración, la lucha a muerte contra los enemigos políticos—, de tal suerte que el «pecado original» es del comunismo.

A finales de los años ochenta, Nolte fue el principal oponente a Habermas en la llamada *Revisionismusstreit*, en la que defendió que no había que considerar al nazismo como el mal incomparable del siglo xx. El nazismo era rechazable, pero no sólo apareció después del comunismo, sino que fue una *reacción* excesiva a la amenaza comunista y además todos sus horrores fueron meramente copias de los que ya habían sido perpetrados bajo el comunismo soviético. La idea de Nolte es que comunismo y nazismo comparten la misma forma totalitaria y la diferencia entre ambos consiste sólo en que los agentes empíricos que asumen sus roles estructurales respectivos («judíos» en lugar del «enemigo de clase») no son los mismos. La reacción habitual a Nolte es decir que relativiza el nazismo, reduciéndolo a un eco secundario del mal comunista. Sin embargo, aun si descartamos la comparación escasamente provechosa entre el comunismo —un intento desviado de liberación— y el mal radical que fue el nazismo, cabría aceptar empero el núcleo de lo que dice Nolte. El nazismo fue efectivamente una reacción a la amenaza comunista; sustituyó efectivamente la lucha de clases por la lucha entre arios y judíos. Lo que contemplamos aquí es un desplazamiento (*Verschiebung*) en sentido freudiano; el nazismo desplaza la lucha de clases en favor de una lucha racial y al hacerlo oculta su verdadera naturaleza. Lo que cambia en el paso del comunismo al nazismo es una cuestión de forma y es aquí donde se sitúa la mistificación ideológica nazi: la lucha política es naturalizada como conflicto racial, el antagonismo de clase inherente a la estructura social queda reducido a la intrusión de un cuerpo extraño (los judíos) que perturba la armonía de la comunidad aria. No es, como pretende Nolte, que exista en ambos casos la misma estructura formal antagónica, sino que el lugar del enemigo lo ocupa un elemento distinto (clase, raza). El antagonismo de clase, en contraste con la diferencia y el conflicto racial, es absolutamente inherente y constitutivo del campo social; el fascismo desplaza este antagonismo esencial.

Resulta, entonces, apropiado reconocer la tragedia de la Revolución de Octubre, tanto su potencial emancipador único como la necesidad histórica del desenlace estalinista. Debemos tener la honestidad de reconocer que las purgas estalinistas fueron de algún modo más «irracionales» que la violencia fascista: sus excesos son un signo inconfundible de que el estalinismo, en contraste con el fascismo, fue un caso de perversión de una revolución auténtica. Bajo el fascismo, incluso en la Alemania nazi, era posible sobrevivir, mantener la apariencia de una vida cotidiana «normal», si uno no se implicaba en ninguna actividad política de oposición (y, por supuesto, si uno no era judío). Bajo Stalin, a finales de la década de 1930, nadie estaba a salvo: cualquiera podía ser arbitrariamente denunciado, detenido y fusilado como traidor. La irracionalidad del nazismo se «condensaba» en el antisemitismo

—en la creencia en un complot judío— mientras que la irracionalidad del estalinismo invadía el entero cuerpo social. Por eso los investigadores de la policía nazi buscaban pruebas, datos de una oposición activa al régimen, mientras que a los investigadores de Stalin lo que les gustaba era fabricar pruebas, inventarse complots, etc.

Debemos admitir también que carecemos aún de una teoría satisfactoria del estalinismo. Es, a este respecto, un escándalo que la Escuela de Frankfurt fuese incapaz de producir un análisis sistemático y riguroso del fenómeno. Las excepciones son llamativas: *Behemoth* (1942) de Franz Neumann, que sugería que los tres grandes sistemas mundiales —el capitalismo del New Deal, el fascismo y el estalinismo— tendían hacia la misma sociedad burocrática, globalmente organizada, «administrada», *El marxismo soviético* (1958) de Herbert Marcuse, su libro menos apasionado, un análisis extrañamente neutral de la ideología soviética sin compromisos claros; y finalmente, en la década de 1980, los intentos de algunos habermasianos que, reflexionando sobre el fenómeno emergente de la disidencia, se proponían elaborar la idea de la sociedad civil como lugar de resistencia al régimen comunista, aportando cosas interesantes pero no una teoría global de la especificidad del totalitarismo estalinista. ¿Cómo una escuela de pensamiento marxista que pretendía explicar las premisas del fracaso del proyecto emancipador pudo abstenerse de analizar la pesadilla del «socialismo realmente existente»? ¿Acaso el hecho de que se centrara en el fascismo no es una aceptación tácita de la incapacidad para enfrentarse con el auténtico trauma?

En este punto hay que hacer una elección. La actitud liberal «pura» ante el «totalitarismo» de izquierdas y de derechas —que los dos son malos, que se basan en la intolerancia hacia las diferencias políticas y de otro orden, en el rechazo de los valores democráticos y humanistas, etc.— es a priori falsa. Es necesario optar y proclamar que el fascismo es fundamentalmente «peor» que el comunismo. La alternativa a ello, la idea de que es incluso posible comparar racionalmente los dos totalitarismos, tiende a producir la conclusión —explícita o implícita— de que el fascismo fue el mal menor, una reacción comprensible a la amenaza comunista. Cuando en septiembre de 2003 Silvio Berlusconi provocó una violenta tempestad política con su observación de que Mussolini, a diferencia de Hitler, Stalin o Sadam Hussein, no había matado a nadie, el verdadero escándalo fue que, lejos de ser una manifestación de su peculiar personalidad, esa declaración formaba parte de un proyecto en marcha encaminado a cambiar el núcleo de la identidad europea posterior a la guerra, basada hasta ese momento en la unidad antifascista. Éste es el auténtico contexto en el que hay que entender la llamada de los conservadores europeos a prohibir los símbolos comunistas.

■ Traducción de Jaume Soler